

hijos, veía S. Mateo una imágen de la desolacion de las madres judías por la ruina de los suyos en tiempo de Jesucristo.

Jeremias en muchas circunstancias ha sido figura de Jesucristo. El Señor al darle la mision le dice: *Yo te he conocido desde ántes que te formara en las entrañas de tu madre, y te he santificado desde ántes que salieses de su seno. Yo te he constituido profeta para todas las naciones* (1). Isaías tambien hablando en nombre del Mesías, dice: *Escuchad, islas, y vosotros pueblos lejanos, aplicad el oido: El Señor me ha llamado desde el seno de mi madre; ha hecho mencion de mi nombre cuando yo estaba todavía en sus entrañas; ha hecho mi boca como una espada aguda; me ha protegido bajo la sombra de su mano, y me ha dicho...el que me ha formado me ha hecho su siervo desde el seno de mi madre, con el fin de que yo haga que Jacob vuelva hácia él....Es poco que me sirvas en restablecer las tribus de Jacob, y convertir á mí los restos de Israel; yo te he establecido para que seas la luz de las naciones, y la salud que he de enviar hasta los confines de la tierra* (2). Este texto, que indudablemente se entiende de Jesucristo, es tan semejante á las palabras citadas del Señor á Jeremías, que es fácil reconocer que la mision de este profeta es una figura de la de nuestro Salvador.

La misma semejanza se nota cuando el profeta hablando del ejercicio de su ministerio explica de una manera admirable el celo, sufrimientos, mansedumbre y paciencia del Hombre Dios: *Yo era, dice, como un cordero lleno de mansedumbre que es llevado á ser víctima* (3). Esto mismo habia predicho Isaías de Jesucristo: *El ha sido conducido á la muerte como un cordero* (4). „Todas las Iglesias „convienen, dice S. Gerónimo, en que lo que dice aquí Jeremías, debe „entenderse del mismo Jesucristo que habla de ese modo por boca del profeta: *Omnium Ecclesiarum iste est consensus, ut sub persona Ieremiae, à Christo haec dici intelligant* (5).” Continúa el profeta en el mismo lugar (6): *Yo no sabia las maquinaciones que ellos habian formado contra mí, diciendo: Echemos leño en su pan (ó apliquemos el leño á su cuerpo)* (7); *exterminémosle de la tierra de los vivientes, y que su nombre se borre de la memoria de los hombres.* Esto tambien lo habia anunciado Isaías de Jesucristo: *El ha sido cortado de la tierra de los vivientes* (8). En fin, los santos padres han reconocido en las palabras de Jeremías, una profecía de la crucifixion del Salvador.

S. Pablo nos descubre en el libro de Jeremías una profecía muy clara y expresa relativa á la nueva alianza. *Jesucristo, dice el apóstol (9), ha obtenido un sacerdocio tanto mas excelente, cuanto que él es el mediador de una alianza mejor, y que está establecida sobre mejores promesas; porque si la primera no hubiera sido defectuosa, Dios no habria pensado en substituir-la con otra segunda. Así es que censurando á aquellos con quienes habia hecho la primera, les dice: Vendrá un tiempo, dice el Señor por boca de Jeremías (10), Vendrá*

(1) Jerem. i. 5.—(2) Isai. xlix. 1. et seqq.—(3) Jerem. xi. 19.—(4) Isai. liii. 7.—(5) Hieron. hic.—(6) Jerem. xi. 19.—(7) La frase hebrea que corresponde aquí á esta *in panem ejus*, se confunde fácilmente con otra que puede significar *in carnem ejus*: la prueba de esto se halla en Sofonías i. 17, donde una palabra muy semejante á esta se toma en este sentido en la Vulgata.—(8) Isai. liii. 8.—(9) Hebr. viii. 6. et seqq.—(10) Jerem. xxxi. 31. et seqq.

un tiempo en que haré una nueva alianza con la casa de Israel, así como con la de Judá; no segun la alianza que hice con sus padres el dia en que los tomé de la mano para sacarlos de Egipto; porque ellos no han perseverado en esta alianza que hice con ellos, y por eso los he despreciado, dice el Señor. He aquí la alianza que haré con la casa de Israel, cuando haya llegado ese tiempo, dice el Señor: Yo grabaré mis leyes en su espíritu, y las escribiré en su corazon; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo; y ninguno de ellos tendrá necesidad de enseñar á su prójimo y á su hermano, diciéndole: Conoce al Señor, porque todos me conocerán, desde el mas pequeño hasta el mas grande; porque yo les perdonaré sus iniquidades, y no me acordaré mas de sus pecados. (Todo esto es de la profecía de Jeremías). Así pues, llamando nueva á esta alianza, ha manifestado que la primera pasaba, y se envejecia; y lo que pasa y se envejece, se acerca á su fin. Mas adelante dice el mismo apóstol: *Con una sola oblation Jesucristo ha hecho perfectos para siempre á los que él ha santificado. Y esto es lo que el mismo Espíritu Santo nos declara, porque despues de haber dicho: He aquí la alianza que haré con ellos cuando haya llegado ese tiempo, dice el Señor: Yo grabaré mis leyes en su corazon, y las escribiré en su espíritu; añade: Y no me acordaré mas de sus pecados ni de sus iniquidades. Ahora bien, cuando los pecados están perdonados, no se necesita ya de oblation por los pecados* (1).

San Mateo, San Marcos y San Lucas nos dicen que Jesucristo, cuando entró en el templo y lanzó de allí á los mercaderes y negociantes, dijo: *¿No está escrito: Mi casa es una casa de oracion? y vosotros la habeis hecho cueva de ladrones* (2). De estas dos expresiones, la primera se encuentra en Isaías (3), y la segunda en Jeremías, por cuya boca dice el Señor: *¿Mi casa pues, ha llegado á ser una cueva de ladrones* (4)? La infidelidad de los Judíos en tiempo de Jeremías, era una figura de la infidelidad de los mismos en tiempo de Jesucristo, y las venganzas que Dios ejecutó sobre este pueblo por las armas de los Caldeos, eran tambien una figura de las que ejecutó despues sobre ese mismo pueblo por las armas de los Romanos despues de la muerte de aquel Hombre Dios.

En efecto, es fácil notar muchas semejanzas entre esos dos acontecimientos. En el uno vengó Dios la santidad de su nombre profanada largo tiempo por la idolatría, á la que este pueblo era inclinado en extremo, y la sangre de sus profetas y demas siervos derramada en tiempo del rey Manasses. En el otro descargó todo el peso de su cólera sobre los asesinos del santo y del justo, sobre los enemigos declarados de su religion y perseguidores infatigables de sus discípulos, en fin sobre unos hombres que á los ojos de la verdad eran culpables de una idolatría tanto mas abominable cuanto que era mas encubierta; y que adheridos en lo exterior al culto solo del Dios verdadero, le negaban el homenaje de su justicia que solo querian tributarse á sí mismos. Rehusaban creer en el Mesías verdadero que Dios les habia dado, y ponian su esperanza en la falsa idea que se habian formado del Mesías que les habia prometido.

(1) Hebr. x. 14. et seqq.—(2) Matth. xxi. 31. Marc. xi. 17. Luc. xix. 46.—(3) Isai. lvi. 7.—(4) Jerem. vii. 11.

VII.
Continuación de los misterios ó instrucciones contenidas en las profecías de Jeremías. Paralelo entre las venganzas de Dios sobre los Judíos por las armas de los Caldeos, y las que ejerció sobre el mis-

Dios hizo que se anunciara á los Judíos en diversas ocasiones la expedicion de los Babilonios sobre Jerusalem. Isaías y Miqueas en tiempo de Ezequías, Sofonías bajo el reinado de Josías, Jeremías en el mismo tiempo y bajo los reinados siguientes les hicieron entender los males terribles que se les preparaban si no se convertian á Dios. Las calamidades que sufrieron desde la muerte de Josias por sus frecuentes rebeliones contra el rey de Babilonia, á quien debian someterse por orden del Señor; la Judéa assolada por sus enemigos; Jerusalem sitiada y tomada por dos veces; Jeconías llevado cautivo con los habitantes mas principales; todo esto junto con la voz de los profetas, les anunciaba la funesta catástrofe que habia de causar el exterminio del reino y la dispersion del pueblo de Judá. La última ruina de los Judíos fué tambien precedida de muchos avisos y de signos muy claros, que eran otras tantas manifestaciones de los juicios que Dios habia pronunciado sobre este desgraciado pueblo, y los preludios de una desolacion la mas grande é inaudita. Jesucristo, maestro y doctor de los profetas, hablando á los Judíos pocos dias ántes de su pasion, les anunció que la sangre inocente derramada sobre la tierra desde la muerte del justo Abel, no tardaria en caer sobre ellos, y que el pais que habitaban se convertiria en un desierto. El dia de su entrada en Jerusalem lloró sobre esta ciudad, anunciándole que seria arruinada enteramente de manera que no quedaria piedra sobre piedra. Caminando al calvario vuelve la vista hácia las mugeres que lloraban por él; les advierte que mas bien lloraran por su suerte propia y la de sus hijos; y les declara que se acercaba el tiempo en que se tendrian por felices los vientres que no hubieran dado fruto. No omito indicarles una de las causas principales que habian de arrastrar á este pueblo á su perdicion completa, á saber; la seduccion de los profetas falsos que le habian engañado en tiempo de Jeremías lisonjeándole demasiado con vanas esperanzas. Esto mismo advierte Jesucristo á sus discípulos que sucederia á los Judíos de su tiempo, levantándose un gran número de aquellos impostores que seducirian á muchos. Los discípulos de Jesucristo hacen á los Judíos las mismas predicciones que su divino Maestro, y la tradicion nos ha conservado entre otras las de San Pedro y San Pablo (1). Hallándose estos apóstoles en Roma y próximos á sufrir el martirio, anuncian el castigo que amenazaba á los Judíos, declarándoles que dentro de poco tiempo les enviaria Dios un rey que los subyugaria á mano armada, arruinaria sus ciudades y los reduciria á un estado de hambre tan extremada, que se devorarian unos á otros; que los que escaparan de esta plaga serian cautivos de sus enemigos, verian violar á sus mugeres é hijas, destrozarse sus hijos, arruinarse todo á fuego y sangre, y ellos mismos serian desterrados para siempre de su pais. Finalmente, el historiador Josefo (2) refiere muchos prodigios que se vieron como tristes pronósticos de una gran desgracia que amenazaba al lugar santo y á Jerusalem. El mas admirable de ellos y que nunca se habia visto es el siguiente: Cuatro años ántes de que se declarara la guerra se presentó un hombre gritando: *¡Desdichada, desdichada Jerusalem!* No cesaba de re-

(1) *Lact. Inst. l. IV. c. 21.*—(2) *Jos. de Bello, l. VII. c. 12.*

petir lo mismo dia y noche, y en los dias festivos redoblaba sus clamores. Se asegura su persona de orden de los magistrados, se le pregunta, se le manda azotar, y á cada pregunta y á cada azote contesta siempre sin quejarse: *Desdichada Jerusalem.* Tenido por un insensato, se le pone en libertad, y vaga por todo el pais repitiendo incesantemente su triste prediccion, que continuó publicando á gritos por siete años sin que se le debilitara la voz. Puesto el último sitio á Jerusalem, se entró á la ciudad, y giraba infatigable al rededor de los muros gritando con todo su esfuerzo: *¡Desdichado templo, desdichada ciudad, desdichado el pueblo todo!* Añadió al fin: *¡Desgraciado de mí!* y en ese momento le postra una piedra disparada de una máquina. ¡No podrá decirse (reflexiona (1) el ilustre Bossuet) que la venganza divina quiso hacerse visible en este hombre, á quien solo conservaba para anunciar sus decretos, comunicándole su fuerza para que sus clamores fueran tan grandes como las desgracias que amenazaban al pueblo; y que al fin debia perecer por un efecto de esa misma venganza que él habia anunciado tanto tiempo, para hacerla mas sensible y palpable, siendo no solo su profeta y testigo, sino tambien su víctima?

Las frecuentes rebeliones de los Judíos, impacientes por sacudir el yugo de los Caldeos, les atrajeron las desgracias que nos refiere la Escritura. Lo mismo sucedió en los tiempos que siguieron á la muerte de Jesucristo y al nacimiento del cristianismo. Este pueblo inquieto, envanecido mas que nunca con el honor de ser el pueblo de Dios, y con las futuras conquistas de su pretendido Mesías, que debia subyugar á todas las naciones, no podia sufrir la dominacion de los Romanos. Fácil á conmoverse en sus frecuentes sediciones, se avanzaba á los mayores excesos si no era reprimido por la fuerza de las armas y el terror de los suplicios. Ostigado al fin por las vejaciones injustas de algunos gobernadores, se rebeló contra los Romanos, y se encendió aquella guerra que llegó á ser tan funesta á toda la nacion. Cestio Galo, gobernador de la Siria, viendo que en todas partes se armaban los Judíos, emprende reducirlos, toma y saquea muchas ciudades, y pone sitio á Jerusalem donde se hallan los principales sublevados. Se apodera de una parte de la ciudad; pero no sabiendo aprovecharse de sus ventajas, se retira con pérdida, y renuncia á su empresa. En seguida marcharon á la Judea Vespasiano y Tito su hijo mayor; y tomadas por ellos las plazas mas fuertes, se dirige el segundo á Jerusalem, y sitia la ciudad. Entónces sufrieron los Judíos unos males que ninguno puede leer sin horrorizarse, y que no se creerian si no atestiguara los hechos un historiador tal como Josefo, judío por nacimiento y religion, que casi no refiere cosa que no hubiese visto, y de cuya buena fe no puede dudarse. De ese modo la justicia divina que se manifestó tan claramente en la primera ruina de Jerusalem por las armas de Nabucodonosor, se hizo sentir de una manera incomparablemente mas espantosa en la segunda por las armas de Tito, cuando los crímenes de los Judíos eran mas atroces y los criminales mas endurecidos.

Para entender mejor el orden de los consejos de Dios, dice el grande obispo de Meaux (2), demos ante todas cosas por sentada

(1) *Hist. Univ. part. 2. c. 8.*—(2) *Idem.*

aquella verdad tan repetida en las Sagradas Escrituras, de que uno de los efectos mas terribles de la venganza divina, es que ella en castigo de nuestros pecados nos abandone á nuestro sentido reprobado, de manera que nos hagamos sordos á los avisos que nos da oportunamente, corremos los ojos á los caminos de salud que nos muestra, nos prestemos fácilmente á creer todo lo que puede perdernos con tal que nos lisonjee, y nos aventuremos á toda empresa sin medir nunca nuestras fuerzas con las de los enemigos á quienes provocamos. Así perecieron por la primera vez Jerusalem y sus príncipes por la mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia. Débiles y abatidos siempre por este rey victorioso, sabian por experiencia lo vano que eran los esfuerzos que contra él hacian, estando al mismo tiempo obligados á jurarle fidelidad. El profeta Jeremías les declaraba de parte de Dios, que el mismo Señor los habia entregado á este príncipe, y que no les quedaba otro recurso para salvarse que sufrir su yugo. A Sedecías y á todo su pueblo les decia: *Someteos al rey de Babilonia, y viviréis: No escuchéis á los falsos profetas que os dicen: ¿Por qué se ha de reducir á un desierto esta ciudad (1)?* Mas en vez de creer á Jeremías, al paso que Nabucodonosor estrechaba prodigiósamente el sitio de la ciudad, se dejaban encantar por los falsos profetas con las vanas esperanzas que les hacian concebir, hablándoles osádamente en nombre de Dios sin tener mision alguna. El pueblo seducido con sus falsas promesas, sufría el hambre, la sed y las mas crueles penurias, llegando su loca audacia hasta el extremo de no haber ya misericordia para él. La ciudad se vió arruinada, el templo incendiado, y todo perdido. Mas en la última ruina de Jerusalem ¿cuál no fué la seducción, la temeridad y la obstinacion extraordinaria que se observó en este mismo pueblo? Aunque su rebeldía y su empeño temerario en sacudir un yugo bajo el cual estaba encorvado todo el universo, hicieron que vinieran sobre él las armas de los Romanos, Tito sin embargo no tenia ánimo de perderlos; por el contrario, mandó ofrecerles muchas veces el perdon, no solo al principio de la guerra, sino aun cuando ya no podian escaparse de sus manos. Habia ya levantado al rededor de Jerusalem una gran muralla guarnecida de torres y reductos tan fuertes como la misma ciudad, cuando les envió á Josefo, conciudadano, capitán y sacerdote entre ellos, que habia sido hecho prisionero en esta guerra al estar defendiendo su pais. ¿Cuánto no les dijo para moverlos? ¿Cuántas razones poderosas no les alegó para inclinarlos á volver á la obediencia? Les hizo ver que el cielo y la tierra estaban conjurados contra ellos, que su perdicion era inevitable si se resistian, y que todo se salvaria acogiéndose á la clemencia de Tito. *Salvad la ciudad santa, les decia, salvaos á vosotros mismos; salvad ese templo, maravilla del universo, que respetan los Romanos, y que Tito no verá perecer sin sentimiento (2).* Mas ¿cómo salvar á unas gentes tan obstinadas en perderse? Seducidos por sus profetas, no escuchaban estos sabios discursos; reducidos á la última miseria, el hambre hacia mas estragos entre ellos que la guerra, y las madres se comian á sus hijos. Enternecido Ti-

(1) Jerem. xxvii. 12 17.—(2) Jos. de Bello, l. vi. c. 4.

to á vista de estos males, pone al cielo por testigo de no ser él la causa, al paso que los Judíos daban mas crédito á las falsas predicciones que les prometian el imperio del universo. Estaba ya tomada la ciudad, se le habia puesto fuego por todos lados, y ellos insensatos creian todavía á los falsos profetas que les aseguraban ser llegado el dia de la salud, para que siguieran resistiéndose hasta no dejar lugar á la misericordia. Así sucedió en efecto: todos perecieron á cuchillo; la ciudad fué arruinada hasta en sus cimientos; y á excepcion de algunos restos de las torres que dejó Tito para que sirvieran de monumento á la posteridad, no quedó piedra sobre piedra. Así fué como estalló sobre Jerusalem la misma venganza que se manifestó en otro tiempo bajo Sedecías. Tito fué enviado por Dios lo mismo que Nabucodonosor. Los Judíos perecieron de la misma suerte que entónces, habiendo tenido abiertos los mismos caminos de salvarse. La seducción, la rebeldía, el hambre y demas calamidades, la obstinacion y la ruina, todo fué lo mismo que en aquella época; y para que la semejanza fuese cabal, el incendio del segundo templo por Tito se verificó en el mismo mes y dia que el del primero por Nabucodonosor (1). Era preciso que todo sucediera de una manera tan marcada, para que ese pueblo no pudiese dudar de la venganza divina.

Hay sin embargo diferencias memorables entre estas dos ruinas de Jerusalem y los Judíos; pero todas hacen ver en la última una justicia mas severa y declarada. Nabucodonosor mandó incendiar el templo, y Tito no omitió nada para salvarle, no obstante que sus consejeros le representaban que mientras se conservara, no dejarían de ser rebeldes los Judíos que creian vinculado en el templo su destino. Mas era llegado el dia, y á pesar de las órdenes prohibitivas que dió Tito á presencia de los Romanos y de los Judíos, y á pesar del carácter propio de los soldados que naturalmente debian inclinarse al pillage, mas bien que dejar consumir tantas riquezas, uno de estos, segun refiere Josefo, impulsado de una inspiracion divina y ayudado de sus compañeros, sube á una ventana del templo, y allí le pone fuego. Acude Tito, manda que se apague inmediatamente, pero en vano; la llama cunde en un momento por todas partes, y aquel admirable edificio se reduce á cenizas. Si la obstinacion de los Judíos en tiempo de Sedecías era el efecto mas terrible y el indicio mas seguro de la venganza divina, ¿qué deberia pensarse de la ceguedad que se observó en tiempo de Tito? En la primera ruina de Jerusalem, á lo ménos estaban acordes entre sí los Judíos; pero en la última, á la vez de hallarse atacada exteriormente la ciudad por los Romanos, tres facciones la destrozaban interiormente; y si el odio que todas ellas tenian á los Romanos tocaba en el extremo del furor, no era menor el encarnizamiento de unas contra otras; por manera que ménos sangre les costaban los combates contra el enemigo comun, que los suyos propios. Un momento despues de sostenerse contra los asaltos del extrangero, renovaban su guerra intestina; la violencia y el pillage reinaban en toda la ciudad: esta parecia ya, y no era sino un campo cubierto

(1) Jos. ibid. c. 10.

de cadáveres, cuando todavía los gefes de las facciones combatian por el mando. ¿No era esto una imágen del infierno, donde los condenados no se aborrecen ménos entre sí que á los demonios sus enemigos comunes, y donde todo es orgullo, confusion y rabia?

Confesemos, pues, que la justicia que ejerció Dios sobre los Judios por medio de Nabucodonosor, no fué mas que una sombra de esta otra de que fué ministro Tito. ¿Qué ciudad ha visto jamas perecer un millon y cien mil hombres en el espacio de siete meses durante un solo sitio? Esto vieron los Judios en el de Jerusalem. Los Caldeos no les hicieron sufrir otro tanto, y aquellos bárbaros sin embargo no pudieron dejar de reconocer la mano de Dios que heria á aquel pueblo pérfido. *El Señor tu Dios*, dijo Nabuzardan á Jeremías, *ha cumplido todo lo que habia anunciado contra esta ciudad, por vuestros pecados* (1). No es por tanto de admirar que Tito, victorioso despues de la toma de Jerusalem, no quisiera admitir las felicitaciones de los pueblos vecinos, ni las coronas que le enviaban para honrar su triunfo. Tantas circunstancias memorables, la cólera y la mano de Dios que él veia tan manifiestas, lo tenían absorto; y esto le obligó á decir que él no era mas que un débil instrumento de la venganza divina. No estaba en todo el secreto; y aunque bastante ilustrado para conocer que la Judea perecia por un efecto declarado de la justicia de Dios, no alcanzaba á saber cual era el crimen que Dios habia querido castigar de un modo tan terrible. La muerte de su Hijo unigénito, el mayor de todos los crímenes, crimen inaudito hasta entónces, este fué el que dió lugar á una venganza que no habia tenido ejemplo en el mundo.

Mas las venganzas de Dios sobre la casa de Judá por las armas de Nabucodonosor, pueden considerarse todavía bajo otro punto de vista igualmente instructivo é interesante. El mismo Jeremías lo insinúa con la comparacion que hace mas de una vez entre la infidelidad de la casa de Israel, y la de la de Judá; entre las venganzas de Dios sobre la primera por las armas de los Asirios; y las que estaba próximo á ejercer sobre la segunda por las armas de los Caldeos. Orígenes y S. Gerónimo nos darán á conocer las instrucciones que podemos sacar de este paralelo.

Jeremías en el capítulo iii refiere que en tiempo de Josías le habló el Señor en estos términos: *¿No viste lo que hizo la rebelde Israel? Se retiró á los montes mas elevados, y bajo los árboles mas frondosos, y allí se abandonó á su fornicacion. Y despues de haber cometido todos estos crímenes, le dije: Vuelve á mí; y ella no ha vuelto. Y la pérfida Judá su hermana, viendo que yo habia desechado á la rebelde Israel, y le habia dado el libelo del repudio; Judá, dice, esta pérfida no ha temido, sino que se ha ido y corrompido lo mismo que aquella; ha manchado la tierra con sus excesos, y se ha prostituido con la piedra y el leño. Y despues de todos estos crímenes, la pérfida Judá no ha vuelto á mí de todo corazon, sino fingidamente, dice el Señor. Y el Señor me dice*, continúa el profeta: *La rebelde Israel parecerá justa, si se compara con la pérfida Judá*

(1) Jerem. xl. 2. 3.

(1). „Si comprendemos bien, dice Orígenes (2), cuales son las dos casas de Israel y de Judá de que habla el profeta, reconozcamos que „debe entenderse de los Judios lo que se dice de la casa de Israel: *Yo la he desechado, y la he dado el libelo del repudio*; por „que Dios ha repudiado verdaderamente á los Judios.... En segui- „da venimos nosotros á ocupar nuestro lugar, y somos los varones de „Judá, llamados así porque nuestro Salvador descende de la tribu „de Judá. Nosotros nos convertimos desde luego al Señor; pero „nuestros últimos tiempos serán semejantes, si no peores que los de „los Judios. Así se verificará al fin de los siglos, como nos lo ha- „ce entender Jesucristo en el Evangelio cuando dice (3) *que mul- „tiplicándose la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos; que so- „lo se salvarán los que perseveraren hasta el fin; y que se obrarán „entónces tales signos y prodigios que aun los escogidos, si es posi- „ble, serán seducidos*. Y para que no ignoremos cual será nuestro es- „tado en ese tiempo, nos habla el Señor de su venida (4) como si apé- „nas pudiera hallarse entónces un solo hombre animado de la fé „en unas iglesias tan numerosas.... En tal virtud, si el Señor des- „pues de haber dicho por boca del profeta: *Yo he repudiado á Is- „rael por sus pecados, y la he enviado cautiva*, cuando añade: „*Y Judá viendo lo que sucedió á Israel, se ha prostituido también „ella*; no puede dudarse que ha tenido presentes nuestros pecados; „¿por qué cuando leemos lo que sucedió á los Judios, no tememos, „y no decimos: Si Dios no ha perdonado á las ramas naturales, con „cuánta mayor razon no nos perdonará á nosotros? Si Dios lleno de „misericordia y bondad, ha cortado no obstante á los que se „gloriaban de ser ramas del olivo, y traer su origen de los patriar- „cas Abraham, Isaac y Jacob, ¿con cuánta mayor razon debe te- „merse que no nos perdone?.... Luego si cuando Dios dice por el „profeta: *¿No viste lo que hizo la rebelde Israel?* entendeis por Is- „rael el pueblo judío.... cuando añade: *La pérfida Judá ha visto la „prevaricacion de Israel &c.*, esta reprehension se dirige á nosotros, „que no guardamos la alianza que hicimos con Dios, sin considerar „la caída de los Judios, á pesar de ser hijos de Abraham, y haber „recibido ellos las promesas.... Nosotros que hemos llegado á ser „Judá, leamos la sagrada Escritura; allí se ve que Israel fué sor- „prendida en sus adulterios; que Dios la desechó, y le dió el libelo „del repudio por su prostitucion. El juicio que Dios ejecutó sobre „ella por sus pecados entregándola al cautiverio y espada de sus ene- „migos, deberá instruirnos; y haciéndonos entrar en serias reflexiones, „cada uno deberá decir: Si Dios no ha perdonado á las ramas natura- „les, ¿cuánto ménos debemos esperar que nos perdone á nosotros? Si „ha abandonado á los que descendian de los patriarcas porque se „hicieron pecadores, ¿qué no sufrirémos nosotros que hemos sido lla- „mados de entre los gentiles? Mas nosotros no reflexionamos en na- „da de esto.... Si los Judios experimentaron tan grandes males, con

(1) Jerem. iii. 6. et seqq.—(2) Orig. Homil. iv. in Jerem. edit. Huetii. 1679. El mismo principio se halla repetido en la homilía ix. sobre el mismo profeta. *Viri Juda, nos sumus propter Christum; nec enim dubium est quod ex Juda Dominus noster ortus sit.*—(3) Matth. xxiv. 12. et 13. et 24.—(4) Luc. xviii. 8.

VIII.
Continuaci-
on de los mis-
terios é ins-
trucciones
contenidas
en las profe-
cias de Jere-
mías. Refle-
xiones de O-
rígenes y de
S. Gerónimo
sobre la ale-
goria de las
dos casas de
Israel y de
Judá, consi-
deradas co-
mo figura de
dos pueblos,
á saber, Is-
rael, figura
del pueblo ju-
dio, y Judá
del pueblo
cristiano.